

Vayerá

07.11.2020

20 Jeshvan 5781

698

Pajad David

Publicado por "Orot Jaim uMoshé", Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto shlita

Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto ztz"l y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto ztz"l

Boletín Semanal Sobre la Parashá

Comentario semanal de Morenu veRabenu, Rabí David Janania Pinto shlita, sobre parashat hashavua

Maskil LeDavid

Hashem recuerda la Atadura de Yitzjak para el bien de los Hijos de Israel

"Toma, por favor, a tu hijo, a tu único [hijo], aquel que amas" (Bereshit 22:2).

En la Atadura de Yitzjak, Avraham Avinu descubrió el gran amor que albergaba por Hashem Yitbaraj. Avraham Avinu podía haberle cuestionado a Hakadosh Baruj Hu: "Amo del universo, me habías asegurado que 'de Yitzjak se dirá que tienes simiente'; entonces, ¿cómo puede ser que me pidas que lo sacrifique sobre el altar?", pero él no hizo preguntas. Él se levantó en la madrugada y se dirigió con diligencia a cumplir la voluntad de su Creador. "Y madrugada Avraham por la mañana", y su hijo Yitzjak fue con él con la misma intención pura y con el mismo pensamiento sagrado, como declara el versículo y lo recalca: "y fueron ambos, juntos".

Cuando Avraham tomó el cuchillo con el cual iba a degollar a su hijo, incluso los ángeles en las Alturas se emocionaron y lloraron al ver semejante entrega total; cuán infinito era el amor de Avraham por Hashem Yitbaraj, que cumplió Su voluntad con todo el corazón, con alegría y regocijo. Entonces Hakadosh Baruj Hu envió a un ángel que le ordenó a Avraham: "No envíes la mano al joven". No obstante, Avraham no cedió y quiso, si no degollarlo, por lo menos hacerle alguna herida de la cual brotara sangre, y así cumplir en algún grado con la orden de elevarlo en sacrificio. Pero el ángel le dijo, en Nombre de Hashem: "No le hagas absolutamente nada, porque ahora sé que eres temeroso de Dios".

A simple vista, hace falta una explicación. ¿Acaso recién en ese momento Hakadosh Baruj Hu tuvo claro que Avraham Avinu era "temeroso de Dios"? ¿Acaso no le bastaron las diversas pruebas a las que lo había sometido, las cuales Avraham pasó con éxito, y que demostraban su gran amor por Hashem Yitbaraj? ¿Por qué solo con la prueba de la Atadura de Yitzjak Hakadosh Baruj Hu le dijo que "ahora sé que eres temeroso de Dios"?

Dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Tratado de Berajot 61b), que en medio de que estaban ejecutando a Ribí Akivá, llegó la hora de recitar el Shemá. Mientras rasgaban su carne con peines de hierro, él estaba ocupado en su recitación del Shemá y en su aceptación del yugo celestial. Los alumnos de Ribí Akivá le preguntaron: "Rabenu, ¿aun en esta circunstancia [va a concentrarse en las mitzvot en lugar de desahogar su dolor clamando]?" Ribí Akivá les respondió: "Toda mi vida estuve angustiado en busca de la forma u oportunidad de cumplir lo

que dice el versículo 'Y amarás a Hashem, tu Dios, [...] con toda tu alma', el cual implica que aun cuando Él tomare tu alma debes amarlo. Siempre me preguntaba a mí mismo cuándo tendría la oportunidad de cumplir con este versículo. Ahora que me ha llegado la oportunidad, ¿no lo voy a cumplir?". Y mientras Ribí Akivá se extendía en pronunciar la palabra Ejad, la última palabra del Shemá, su alma abandonó su cuerpo.

Pensé en explicar, besiatá Dishmaíá, que la intención de Ribí Akivá era la de decirles a sus alumnos que, a pesar de que era cierto que a lo largo de toda su vida él había declarado en voz alta, al recitar el Shemá, que él amaba a Hakadosh Baruj Hu con el corazón y con el alma, e incluso había anunciado a toda voz que él estaba dispuesto a entregar su vida en el cumplimiento de las mitzvot de Hashem, siempre temió que su intención no fuera sincera o verdadera. Él pensaba que quizá todo lo que decía era solo de la boca para fuera, y que no era capaz —en caso de que se diera— de atravesar la prueba con éxito. Y así, si Hakadosh Baruj Hu fuera a poner a prueba precisamente en ese aspecto, quizá no iba a tener el coraje de tener éxito en dicha prueba. De ese modo, todo lo que había dicho acerca de su amor por Hashem no habrían sido sino palabrerías. Esto era lo que temía Ribí Akivá, por eso dijo: "Toda mi vida estuve angustiado en busca de la forma u oportunidad de cumplir lo que dice el versículo [...] Ahora que me ha llegado la oportunidad, ¿no lo voy a cumplir?". Él quiso que Hakadosh Baruj Hu lo pusiera a prueba para demostrarse a sí mismo que en verdad el amor por Hashem ardía en su ser, y no eran solo palabras vacías.

Al ver Ribí Akivá que él estaba contento y alegre de entregar su alma en honor de Hashem Yitbaraj, se dio cuenta de que iba a poder pasar su prueba con heroísmo, y que, en efecto, el amor por Hashem estaba grabado en su ser y ardía en él; entonces, comprendió y creyó que el sendero de Hashem es el sendero correcto y justo, porque recién en ese momento se le había presentado la oportunidad de reconocer de verdad la grandeza de Hashem Yitbaraj.

Lo mismo ocurrió con Avraham Avinu. Ciertamente, Avraham Avinu ya había pasado con éxito varias pruebas; no obstante, no se podía comparar ni equiparar la prueba de la Atadura de Yitzjak a todas las pruebas anteriores. El solo hecho de tomar a un hijo y degollarlo es una prueba en extremo difícil, y, con más razón, cuando ese hijo es hijo único. Además, ese hijo era muy amado, ya que les nació

a progenitores de avanzada edad.

Avraham Avinu, a lo largo de toda su vida, también buscó la oportunidad de demostrar la grandeza de su amor por Hashem Yitbaraj, así como lo hizo Ribí Akivá. No obstante, lo cierto es que Avraham Avinu siempre divulgó el Nombre de Hashem delante de las personas de su generación, y el amor por Hashem estaba bien arraigado en su ser, pero aquello aun no era prueba suficiente para demostrar que él estaba dispuesto a dar absolutamente todo en Nombre de Hashem Yitbaraj. Avraham Avinu temió que a la hora de la prueba quizá el coraje que tenía no le sirviera de nada. En aquel momento, Hakadosh Baruj Hu lo probó de hecho con una prueba extremadamente difícil. Cuando Avraham Avinu vio que estaba dispuesto a cumplir con la voluntad de Hashem con alegría, a pesar de la gigantesca dificultad que ella implicaba, se alegró de forma extraordinaria, porque con esa prueba iba a demostrar cuánto amor por Hashem tenía en su ser. Por eso, solo en ese momento, Hakadosh Baruj Hu le dijo: "Ahora sé que eres temeroso de Dios"; es decir, con dicha prueba quedaba demostrado a los ojos de todo el mundo que el amor por Hashem ardía con fuerza en el seno de Avraham, pues él estaba verdaderamente dispuesto a entregar todo lo que más quería en favor del cumplimiento de la orden de Hashem.

Y si Hakadosh Baruj Hu atestiguó la fidelidad de Avraham, acerca de que era "temeroso de Dios", ello era en condición de una aseveración fiel de que Avraham está siempre apegado a Hakadosh Baruj Hu, y de que el temor de Dios se encuentra siempre en su boca. Por ello, dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, que Hakadosh Baruj Hu creó el mundo gracias a Avraham Avinu, a partir de lo que dice el versículo (Bereshit 2:4): "Éstas son las descendencias del cielo y la tierra al crearlos...", en donde la expresión "al crearlos" en hebreo es behibaream (בְּהִיבָרְאֵם), y al reorganizar las letras se obtiene beavraham (בְּאֵבְרָהָם), que significa 'por Avraham'. Por lo tanto, se puede decir que Hakadosh Baruj Hu creó todo el universo por él cuando vio el nivel elevado y puro de Avraham, que estaba hilado como hilo carmesí fuerte, a lo largo de su vida, desde el comienzo hasta el final.

Y si reforzáramos las tres columnas que nos heredaron nuestros Patriarcas, podremos estar seguros de que el amor por Hashem estará arraigado en nuestro corazón y no nos desviaremos del sendero de Hashem durante toda nuestra vida. Amén veamén.



Argentina • Jevrat Pinto

Viamonte 2715

1213 Buenos Aires • Argentina

Tel: +5411 4962 4691 hevratpinto@gmail.com

México • Or Jaim Vemoche

Fuente de Trevi 218

Tel +5559900579 jkursion@aol.com

Mexico City - Mexico

Ashdod • Orh 'Haim Ve Moshe

Rehov Ha-Admour Mi-Belz 43 • Ashod • Israel

Tel: +972 88 566 233 • Fax: +972 88 521 527

orothaim@gmail.com

Ra'anana • Kol 'Haim

Rehov Ha'ahouza 98 • Ra'anana • Israel

Tel: +972 98 828 078 • +972 58 792 9003

kolhaim@hpinto.org.il

Gracias a la bondad Divina

el Rab shlita se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab shlita, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del
Tzadik

20 - Ribí Mordejay Sharabi, el mayor de los Mekubalim de su época en Jerusalem.

21 - Ribí Arié Leib Bina, Rosh Yeshivá de Yeshivat Netiv Meir.

22 - Ribí Amram, hijo de Ribí Masoud Ankawa.

23 - Ribí Yosef Refael Jazán, autor de Jikré Lev.

24 - Ribí Avraham Azulay, autor de Jésed Leavraham.

25 - Ribí Mordejay Rókej de Bilogri.

26 - Ribí Eliahu Abá Shaúl.

19 - Ribí Sasi Maatuk Cohén.

Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales
de Morenu veRabenu Rabi David Janania Pinto shlita



A fuerza de la costumbre

En una ocasión, se me aproximó un Talmid Jajam que yo conocía desde hace ya tiempo, para hacerme una petición. Él es una persona que se sumerge en su estudio de Torá, y en el cual es muy constante.

“Honorable Rav, refuerce en mí la fe en Hashem Yitbaraj”.

Su pedido me sorprendió, y le pregunté: “¡Pero si tú eres de los que cumplen las mitzvot y se dedica al estudio de Torá! Entonces, ¿dónde se encuentra tu fe en el Creador del mundo?”.

Y él me respondió así: “Es cierto que soy constante en el estudio de Torá, y, en efecto, hasta la fecha, yo pensaba con ingenuidad que mi fe era fuerte. Pero, lamentablemente, me he dado cuenta de que todo el estudio que procuro lo hago a fuerza de la costumbre, solo porque así me acostumbraron desde mi niñez: todos los que me rodean estudian Torá y, por ende, yo también estudio Torá. No obstante, no tengo aún en mi ser un conocimiento claro de que ese sea el sendero correcto. En estos momentos, estoy atravesando pruebas difíciles en mi vida, y, con dolor, he comenzado a descubrir que incluso mi fe en Hashem Yitbaraj está débil y no lo suficientemente firme. Por ello, me resulta difícil enfrentar estas pruebas”.

De inmediato, me levanté y le di un beso en la cabeza por el hecho de ser una persona verdadera. Con heroísmo, me reveló lo que vibra en su interior y pedir ayuda, una cura para su herida. Como es de esperar, lo reforcé en la fe, le hablé al corazón y le instruí el camino correcto por el cual debía seguir en la vida...

A pesar de que se trata de una persona que conoce el estudio de la Torá y es un Talmid Jajam, él no sabía que estaba yendo por el camino equivocado en la vida. Incluso llegó a pensar inocentemente que todo este tiempo había estado dirigiendo sus pasos por el sendero correcto que lleva a la Casa de Dios, para, solo después de muchos años, descubrir que aún se encontraba muy lejos de la verdad y de la fe en Hashem. Todo esto debido a que él no comenzó su camino a partir de una comprensión clara, sino, más bien, simplemente a partir de una costumbre llevada a cabo por todos los que lo rodeaban.

Haftará



“Veishá ajat mineshé bené haneviím” (Melajim II 4).

La relación con la parashá: en la Haftará, se relata acerca de la bendición que Elishá Hanaví le dio a la mujer shunamit para que engendrara un hijo, y acerca del cumplimiento de dicha promesa cuando a la mujer shunamit le nació un hijo precisamente en la época que había dicho el Profeta. Así mismo, en la parashá que nos ocupa, los ángeles le habían avisado a Avraham Avinu que, al año siguiente, le iba a nacer un hijo de Sará, en esa misma fecha que se lo habían anunciado.

Shemirat Ha'lashon

De acuerdo con el nivel de la persona

Existen ciertos comentarios que son considerados lashón hará cuando se dicen acerca de una persona en particular, mientras que, respecto de otras personas, eso mismo puede ser un elogio. Por ejemplo: si se dice acerca del comerciante fulano que él estudia Torá cinco horas al día, esto, indudablemente es un elogio para él. Por otro lado, si se dijera eso mismo acerca de un avrej de colel —quien está supuesto a dedicar todas las horas del día en esforzarse en el estudio de Torá—, ello sería considerado como algo menospreciable en su caso. De esta misma forma, está prohibido contar acerca de la suma de dinero que fulano donó, si dicha suma solo la acostumbran a dar las personas que están atravesando aprietos económicos.

Pueden existir motivos que prohíban contar ciertos asuntos, aun cuando esté claro que son con el propósito de elogiar. Por ejemplo, a las personas que abundan en dar tzedaká, les interesa que su acto no sea divulgado.



Divré Jajanim

Ribí Jaím Kanievski anuló los viajes que solía hacer en ben hazemanim

Marán, el Gaón, Harav Shaj, zatzal, cuya hilulá cae esta semana, explica de forma maravillosa, al comienzo de la parashá que nos ocupa, el versículo que a Rashí le resultó difícil explicar: “Elevó la mirada y vio: he aquí tres hombres estaban de pie sobre él; vio y corrió a su encuentro”. Surge de este versículo la objeción de por qué está repetida la expresión vayar (אָרָו: ‘vío’) dos veces, pues la segunda vez parece redundante.

En efecto, Marán, Harav Shaj nos esclarece la razón por la que fue repetida la expresión vayar. La Torá viene a enseñarnos que la mitzvá de tzedaká no es dar tzedaká al pobre que la necesita; más bien, la mitzvá de tzedaká implica buscar y ver quién tiene necesidad de tzedaká, y acudir en su ayuda. Esa es la intención de la Torá al escribir dos veces la palabra vayar. El segundo vayar viene a enseñarnos que Avraham se fijó bien si en verdad los huéspedes que venían a su encuentro necesitaban de alojamiento y tzedaká. Él no esperó a que ellos tocaran a su puerta a pedir tzedaká, sino, más bien, al instante en que él elevó la mirada “y vio” que había tres viajeros, de inmediato, se fijó bien para ver si ellos necesitaban comida y bebida, y, seguido, “vio y corrió a su encuentro”.

De aquí, aprendemos que, si se necesita tener tanta sensibilidad al fijarse en el prójimo para hacerle el bien, con más razón, es necesario meditar mucho para no causarle ningún daño o aflicción al compañero. Y no solo en simplemente no hacer daño, sino también es necesario pensar mucho en todo tipo de recursos para que no le llegue de nuestra parte ningún daño al prójimo. Y aun cuando seamos meticulosos en tan solo una pequeña medida, ya habremos logrado un bien, tanto a nosotros mismos como a nuestro compañero, a lo largo de toda la vida.

Todo aquel que tuvo el mérito de conocer la grandeza de Marán, Harav Shaj, zatzal, podrá atestiguar inequívocamente que él mismo practicaba lo que pregonaba. Él se conducía con gran meticulosidad en todo lo que respecta al compañero a fin de hacerle el bien, y se cuidaba de no provocarle ningún daño.

El Rav Avraham Tzvi Toib, shlita, que era de los allegados de Harav Shaj, zatzal, relata que él sabe la razón por la que Marán, Harav Kanievski, shlita, anuló los viajes a la sagrada ciudad de Tzefat, que solía realizar de forma fija cada ben hazemanim.

Hace varios años, antes de la temporada de vacaciones del mes de av, Ribí Toib había llegado al recinto de Marán Harav Kanievski, shlita, y le contó:

Una vez, le pregunté a Marán, Harav Shaj por qué nunca salía de vacaciones en ben hazemanim si, después de todo, no había shiurim que impartir en la yeshivá.

Y Marán, Harav Shaj me respondió: “Las personas tienen demasiadas angustias. Yo me quedo en mi casa y, a veces, vienen a mí personas a pedirme ayuda o alguna una idea inventiva para solucionar un problema. A algunas de ellas las puedo ayudar; no obstante, a una gran porción de ellas no las puedo ayudar. Pero, de todas formas, el solo hecho de tener un lugar donde acudir para verter el corazón los consuela, y eso en sí constituye una gran ayuda. Si saliera de vacaciones y no estuviera en mi casa, las personas vendrían y no me encontrarían, y permanecerían en el atolladero en el que se encuentran... ¿Cómo podría hacerles eso?”.

Cuando Marán, Harav Kanievski, shlita, escuchó esto, anunció: “Si es así, desde ahora en adelante, no viajaremos en ben hazemanim. Permaneceremos aquí para ayudar a las personas que vienen con sus cargas personales”.



Perlas de la parashá

Observar con los ojos es la cura

“Elevó la mirada y vio: he aquí tres hombres estaban de pie sobre él; vio y corrió a su encuentro desde la entrada de la tienda, y se prosternó al suelo” (Bereshit 18:2).

Rabenu el Or Hajaím Hakadosh revela una idea novedosa y maravillosa: Avraham se curó de la secuela de su circuncisión por medio de alzar la vista y ver al ángel Refael, a pesar de que los ángeles aún estaban lejos de él. Por cuanto la cura llegó de forma espiritual, por medio de la segulá de ver al ángel, la distancia no impidió la cura.

Así es como explica el Or Hajaím Hakadosh la intención de la frase “y vio” del versículo; con el solo hecho de verlo, Avraham se curó de sus dolores, se levantó y corrió al encuentro de los ángeles, porque pudo ver al ángel Refael de lejos; y, en cuanto a lo espiritual, la distancia no hace diferencia para que la cura surta efecto. Así, de inmediato, Refael cumplió con su misión y lo curó. Por eso, al sentirse aliviado, Avraham se prosternó al suelo ante los servidores superiores.

Así también explicó el Or Hajaím Hakadosh en parashat Reé (Devarim 11:26) —cuando Moshé Rabenu pone delante de los Hijos de Israel la bendición y la maldición—, que la expresión “observa que yo...” quiere decir que “quizás verán, razonarán y serán más sabios para justificar estas palabras”. Es decir, el versículo “observa que yo...” insinúa que el solo hecho de observar el rostro de Moshé Rabenu les daría la capacidad de escoger el camino correcto de la bendición y la salvación.

La foto ilustra el miedo

“Y dijo: ‘Apresúrate, amasa tres seím de harina, de sémola, y haz tortas’ (Bereshit 18:6).

En la Guemará (Tratado de Bavá Metzía 87a), disertaron nuestros Sabios, de bendita memoria: el versículo dice “harina” y dice “sémola”; de aquí, aprendemos que la mujer escatima en lo que respecta a huéspedes. Pero surge la famosa objeción que muchos conocen, que del versículo se demuestra lo contrario, pues fue Sará quien dijo “sémola”, que es más cara que la harina. Siendo así, la prueba es, lo contrario, que la mujer no escatima con los huéspedes.

El Báal Shem Tov lo explicó con una alusión: una vez el león llamó a sus cachorros y les dijo: “Deben saber, hijos míos, que ustedes son los más fuertes del mundo, y no tienen nada que temer. Todas las criaturas temen de ustedes”.

Un día los cachorros salieron a pasear por el mundo y llegaron a las ruinas de un palacio en cuyas murallas había muchos grabados en relieve. En uno de ellos, se ilustraba la lucha en la que Shimshón mató a un león y lo partió en dos. Los cachorros corrieron asustados hacia su padre, y le dijeron: “¿Cómo nos dijiste que somos los más valientes del mundo si vimos un dibujo grande en que un hombre partía en dos a un león?”.

El león les dijo: “¡Al contrario! Eso es una prueba de lo que les digo. Si fuera natural que el hombre puede partir en dos a un león, no habrían hecho una ilustración tan grande para que todo el mundo lo vea. Pero por cuanto aquello fue un suceso extraordinario y único, que no sucede todos los días, hicieron de ello un grabado grande para mostrar a todos”.

Eso es lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria. La Torá da a conocer la gran generosidad del corazón de Sará, porque Avraham le había dicho que tomara harina, pero ella dijo que debía ser sémola. Eso es una prueba de que Sará Imenu era extraordinaria, fuera de lo común; cualquier otra mujer habría escatimado en lo que sirve a los huéspedes.

El cuidado debido al “eruv” “tavshilín”

“Tomó manteca y leche y el ternero que había hecho y lo puso delante de ellos, y él estuvo de pie sobre ellos” (Bereshit 18:8).

Rabenu Yosef Jaím de Babel explicó, de forma humorística, en su libro Ben Yehoiadá sobre el Tratado de Yomá, el versículo: “Tomó manteca y leche y el ternero que había hecho y lo puso delante de ellos, y él estuvo de pie sobre ellos”. De acuerdo con la estricta letra de la ley, no se debe poner sobre una misma mesa carne y leche, a pesar de que se coman los productos lácteos primero y, luego de lavarse y limpiarse la boca, se coma la carne; así establece la ley, no sea que se llegue a comer de ambos a la vez. No obstante, si hay una persona que supervisa a los que están comiendo en una misma mesa leche y después carne, no se teme que lleguen a comer de ambos guisos juntos.

Entonces, por cuanto Avraham puso delante de ellos productos lácteos y carne, tuvo que permanecer de pie sobre ellos a la sombra del árbol, para supervisar que no llegaran a comer de ambos a la vez. Por eso, dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria: “Avraham Avinu cumplió con la mitzvá de eruv tavshilín”; es decir, por temor a que llegaran a hacer eruv (‘mezcla’) de tavshilín (‘guisos’) de los guisos de leche y de carne que les sirvió —que, en primera instancia, no debería haber puesto sobre una misma mesa a la vez—, Avraham Avinu también aplicó la corrección del “error” de poner a la vez leche y carne en una misma mesa, por medio de permanecer de guardia sobre ellos, supervisando que no los comieran juntos.

Del Tesoro

*Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Janania Pinto shlita*



La personalidad de los progenitores influye en la educación de los hijos

“Porque lo conozco; él ordenará a sus hijos y a su casa después de él, a que observen el sendero de Hashem, para hacer justicia y sentencia” (Bereshit 18:19).

Hashem Yitbaraj conoce los pensamientos del corazón, y Él atestigua la integridad de Avraham Avinu, alav Hashalom, y dice: “Porque lo conozco...”, lo cual demuestra cariño. “Yo le tengo afecto. ¿Y cómo lo ‘conozco’? Porque ‘él ordenará a sus hijos’; él les ordena a sus hijos observar el sendero que le he ordenado. Yo lo conozco; sé que Avraham les legará a sus hijos, después de él, su santidad y su Torá, y todo el servicio a Hashem de él”.

A simple vista, tenemos que entender cómo es posible “hacerle” a un hijo algo espiritual. Una persona puede heredar dinero, posesiones y propiedades, pero ¿cómo se puede heredar la fe en Hashem Yitbaraj con amor al cumplimiento de las mitzvot? A lo sumo, la persona puede educar al hijo y procurar que éste continúe por el sendero correcto, pero, obviamente, aquello depende ultimadamente del hijo mismo, si es que está dispuesto y concuerda por voluntad propia a aceptar la educación que su padre le proveyó. Dichoso el hombre que amerita que sus hijos acepten continuar por el camino correcto por el que él los educó a andar.

Y si Hakadosh Baruj Hu atestigua que los hijos de Avraham andarán por el buen camino, quiere decir que implica que hay un acuerdo por ambas partes, tanto por parte del padre como de los hijos: el padre traspasó a sus hijos todo su servicio a Hashem, y los hijos lo aceptaron de buena voluntad. Es nuestro deber meditar acerca de cómo lograrlo.

Primeramente, lo primordial es el ejemplo particular del padre. El fundamento más básico en la educación es que el educador (en este caso, los padres) den el ejemplo, siendo ellos mismos aquello que exigen que sus hijos sean. La personalidad de los padres debe ser el instrumento con el que se eduque, de forma natural, a los hijos. Los progenitores tienen que ser personas consistentes y ordenadas en su forma de ser y en su comportamiento. Deben hablar con calma con todo el mundo; los negocios que realicen deben ser con fe; deben cuidarse de cumplir las mitzvot de Hashem, tanto las fáciles como las rigurosas; conducirse con humildad y modestia, aun en donde no haya quien los pudiera ver; y, obviamente, observar con meticulosidad las halajot de buenos modales en lo referente a la comida y la bebida. No cabe duda de que la personalidad de los progenitores, cuando es abarcadora, aportará indudablemente a la formación espiritual del niño más que cualquier otro medio.

Por otro lado, la conducta particular de los padres que contradice aquello que ellos exigen de los niños no solo provoca una educación negativa en todos aquellos puntos que esperan que el niño cumpla, sino también conduce a los niños por un camino de confusión, pues aprenden que se puede exigir de otros aquello que uno mismo no cumple, lo que resulta en un sendero torcido que no vale la pena heredar.

Avraham Avinu, alav Hashalom, y su esposa, la Tzadéket Sará, fueron en efecto como un libro de ética para su hijo Yitzjak. Desde su juventud, Yitzjak vio cómo se conducían sus padres sagrados y vio en ellos un símbolo que emular. Así su alma deseó ser igual y seguir por el camino sagrado que sus padres grabaron en su tierna alma, y, en consecuencia, ascendió en santidad y pureza.

Hatzadik, Ribí Jaím Pinto Hakatán, ziaa

Boletín especial con motivo de la hilulá del 15 de jeshván del conocido Tzadik, sagrado Jasid, experimentado en milagros, eslabón de la dinastía de sagrados “ángeles”, el honorable Marán, Rabenu Jaím Pinto Hakatán, ziaa.



El poder del Tzadik en el día de su hilulá

Morenu Verabenu, el Gaón y Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, shlita, acostumbra decir y reiterar siempre a todos los que escuchan sus lecciones que el poder del Tzadik en el día de su hilulá es inmensurablemente grande. También Harav Raskin, shlita, de los Rabinos de Marruecos, acostumbra decir lo mismo, así como también muchas otras personas, al ver el numeroso público que asiste al monumento de la tumba del Tzadik, el honorable, Ribí Jaím Pinto, ziaa, en el día de su hilulá cada año.

En la hilulá, se puede apreciar la grandeza de la fe íntegra de todos los que asisten al monumento de la tumba del Tzadik, experimentado en milagros y salvaciones. Por un lado, las personas que van son educadas, respetables, cuyas vidas están llenas de materialismo. Por el otro lado, una vez que llegan al monumento del Tzadik, todo se convierte en pura espiritualidad; las personas se anulan y se convierten en otras personas por completo. Ésta es una señal de que, en lo profundo de su ser, son personas aptas y buenas.

Cuando se encuentra frente a la tumba y ve las lápidas, la persona se da cuenta de que ese es el final de todo hombre. Entonces, se deshace del materialismo y se vuelve todo espiritualidad. Y cuando todo se acaba, cuando concluye la hilulá, y cada cual regresa a su casa, retorna de aquel lugar con una sensación espiritual, y con una elevación en santidad.

La Inclinción al Mal comienza entonces su labor y trata de hacerle olvidar toda esa espiritualidad que la persona logró alcanzar en el día de la hilulá. Es entonces que todo pasa a depender de nosotros mismos; por lo tanto, debemos enfrentar a la Inclinción al Mal y vencerla, en condición de lo que dice el versículo: “Cuando salieres a la guerra contra tu enemigo y captures un cautivo”. Es decir, hay que procurar capturarla antes de que ella nos capture. Solo por medio de la Torá es posible vencer a la Inclinción al Mal con facilidad. Y la Inclinción al Mal lo sabe muy bien, por ello, trata una y otra vez de hacer tropezar al hombre.

Es lo que dice el versículo “y captures un cautivo”; es decir, la guerra tiene que ser constante, pues todo el tiempo hay que capturar a la Inclinción al Mal, y no tan solo un momento y nada más. La Inclinción al Mal sabe que vendrá el momento en que el ascenso experimentado en la hilulá se apagará, ya que después de varios días la dicha espiritual se irá languideciendo; ese es el momento esperado por ella para proceder con su ataque. Por eso, la persona tiene siempre que mantenerse en ascenso; reforzar constantemente aquello que adquirió espiritualmente en la hilulá del Tzadik.

Esa santidad que recibió cada cual que estuvo presente en el monumento de la tumba del Tzadik, en el día de la hilulá, tiene que permanecer en la persona para siempre, con entusiasmo e integridad, particularmente después de varios días de elevación en Torá y mitzvot, escuchando las anécdotas de los Tzadikim. Y, además, tiene que aumentarla día a día, en condición de “un fuego permanente arderá sobre el Altar, no se apagará”.

Ciertamente, es algo difícil, y para ello se necesita mucha siatá Dishmaiá (‘ayuda del Cielo’), porque sin esta ayuda no es posible vencer a la Inclinción al Mal que trata de hacernos tropezar. Por lo tanto, dice el versículo: “Y te lo entregare Hashem, tu Dios, en las manos”; por medio de la ayuda Celestial proveniente de Hashem Yitbaraj, toda la santidad permanecerá en el hombre, y continuará toda la vida en ascenso espiritual.

Agradecerle solo al Creador del mundo

Los Talmidé Jajamim de todas las generaciones, aquellos cuyo temor al Cielo y al pecado precede a su sabiduría, y que cumplen con la voluntad de Hashem, se asemejan a los cohanim (‘sacerdotes’) de guardia, que cuidaban de su santidad y de la del Bet Hamikdash. Hakadosh Baruj Hu los protege y vela por ellos en los momentos de angustia. Ellos son tan apreciados delante de Hakadosh Baruj Hu que, por el poder de su santidad y de su Torá, pueden anular decretos duros y malos sobre Israel, como dice la máxima: “El Tzadik decreta y Hashem hace que se cumpla”. Ribí Jaím Pinto Hakatán, ziaa, era uno de estos Tzadikim.

La puerta de Ribí Jaím Hakatán, ziaa, estaba siempre abierta para toda persona, sin excepción alguna. A toda hora del día y de la noche, tocaban a su puerta en busca de alguna salvación y de misericordia Divina, o acudían a él para pedirle algún buen consejo o bendición.

De hecho, muchos fueron los que tocaron a la puerta de Ribí Jaím Pinto, ziaa, para pedir que el Tzadik rezara en su favor y los bendijera. Aquellos a los que les llegaba la salvación después de haber recibido la bendición de Ribí Jaím, ziaa, regresaban a la casa del Rav para agradecerle por ello. No obstante, Ribí Jaím, ziaa, de

inmediato, aclaraba cómo era de verdad el asunto, y les decía simplemente:

“¿Agradecerme? ¡Solo se le agradece al Creador del mundo!”.

¡Levántate y camina!

Una noche, cuando Ribí Jaím, ziaa, llegó al Bet Hakenéset para recitar el Tikún Jatzot —como solía hacerlo cada medianoche—, se encontró, en medio de la oscuridad, con que uno de los que rezaban en el Bet Hakenéset estaba echado sobre las escaleras.

“¿Qué haces aquí a estas horas?”, le preguntó Ribí Jaím.

“Tengo parálisis en todo el cuerpo”, le dijo, y continuó con voz quebrantada: “Vine especialmente para que el Rav me viera y se apiadara de mí. Le pido, respetable Rav, que rece por mí y pida que por el mérito de sus ancestros sagrados me pueda recuperar de esta enfermedad temible que me ha acaecido”.

Ribí Jaím, ziaa, dejó que el hombre se apoyara en él y lo ayudó a entrar al Bet Hakenéset para que dijera junto con él el orden del Tikún Jatzot. Después del tikún, Ribí Jaím llamó a varios de los presentes y les pidió que tomaran a aquel judío con parálisis y lo llevaran al cementerio, donde estaba enterrado el abuelo de Ribí Jaím, el Tzadik sagrado y Mekubal, Ribí Jaím Pinto Hagadol, ziaa.

Cuando llegaron al cementerio, se aproximó Ribí Jaím a la tumba de su abuelo sagrado, ziaa y, con llanto, clamó: “¡Abuelo, abuelo! Reza a Hashem para que Él tenga piedad de este hombre. Ni él ni yo nos moveremos de aquí hasta que él sane de su afección”.

¡Y sucedió un gran milagro!

En aquellos instantes, en los que Ribí Jaím estaba suplicando por el mérito de sus ancestros sagrados, el hombre afectado con la parálisis comenzó a sentir muchos dolores por todas partes del cuerpo, y después de unos cuantos minutos, pudo levantarse y caminar como cualquier otra persona.

Después de cierto tiempo, aquel judío tuvo el mérito de llegar a casarse con una mujer virtuosa, con quien tuvo hijos e hijas, y a todos los miembros de la familia les contaba el gran milagro que había experimentado por el mérito de Ribí Jaím Pinto Hakatán y de Ribí Jaím Pinto Hagadol, ziaa. (Relatado por R. Hillel Ben Jaím, de Beer Sheva, Israel, quien tuvo el mérito de ser asistente de Ribí Jaím Pinto, ziaa, en el Bet Hakenéset).

Cerveza en el tanque de gasolina

Cuenta el hijo del señor Avraham Elí, zal, que su padre viajó una vez con Ribí Jaím Pinto Hakatán, ziaa, en autobús. De pronto, en medio del camino, el motor se detuvo.

Luego de transcurridas casi dos horas, Ribí Jaím, se interesó en saber qué era lo que los detenía.

“¿Por qué no seguimos viajando?”, preguntó.

“Por error, llenaron el tanque de gasolina con cerveza, y por eso, el motor se detuvo”, le explicó uno de los viajeros.

Ribí Jaím, ziaa, no se mostró preocupado por el tema. Le entregó su bastón al señor Elí, y le dijo: “Ve donde está el motor y todo se arreglará...”.

El señor Avraham hizo como el Tzadik le indicó, con total fe en las palabras de los Tzadikim. Se aproximó al motor del autobús con el bastón de Ribí Jaím, ziaa, y, ante el asombro de todos los viajeros, tan solo tocó el motor, el autobús arrancó de inmediato.

Carrera contra autos franceses

Uno de los miembros de la familia Ojana solía esconder enormes sumas de dinero en su auto; cada vez que ganaba dinero lo guardaba en el auto, a pesar de que las autoridades prohibían

ocultar las ganancias. La plata y el oro los escondía enmascando con cera.

Sus vecinos no judíos, que envidiaban el éxito que tenía esta persona, lo delataron ante las autoridades. Un buen día los policías lo detuvieron y le exigieron que abriera el carro para poder revisarlo completo.

El señor Ojana tomó consigo rápidamente el dinero en las manos, y comenzó a correr, huyendo de los policías. Mientras que el señor Ojana corría a pie, los oficiales lo perseguían en autos franceses, llegando a alcanzar velocidades de hasta 110 kilómetros por hora. El señor Ojana cargaba consigo la plata y el oro, y no podía correr rápido, pero, aun así, inexplicablemente, logró escapar y desaparecer de la vista de los policías, frustrados por el hecho de que no habían podido alcanzarlo en absoluto.

Al día siguiente, cuando los policías lo encontraron —sin el dinero encima, obviamente— le preguntaron: “Díganos, ¿cómo logró hacerlo? ¿A qué Rav invocó para que lo salvara?”.

“Invoqué a Ribí Jaím Pinto”, les dijo simplemente.

Cuando escucharon aquello, los oficiales comprendieron retroactivamente todo lo que había sucedido, y se fueron así como vinieron.

¿A qué se dedica tu esposo?

Las bendiciones de Ribí Jaím Pinto, ziaa, alcanzaron fama por todo Marruecos.

La madre del señor Amram Zino contó que su padre trabajaba de pescador. Hubo una época en la que su esposo no pudo sacar del mar ni un solo pescado, y no tuvo sustento. Afligido por la angustia, cayó enfermo.

Como toda judía creyente, su esposa recurrió a Ribí Jaím Pinto, ziaa, para pedirle una bendición, y le pidió que rezara para que Hashem le proveyera buen sustento a su esposo. Ribí Jaím, ziaa, le preguntó a qué se dedicaba su esposo, a lo que ella le contestó: “Él es pescador”.

Ribí Jaím, ziaa, la bendijo diciéndole que en la semana entrante su esposo iba a pescar una gran cantidad de pescados, mucho más de lo jamás él había pescado en toda su vida. Y, en efecto, en donde se instaló para pescar, cayeron en sus redes una cantidad grande de pescados, mientras que sus colegas no lograron pescar nada. Fue así como se enriqueció con una buena suma de dinero.

“Desde el aprieto clamé y me respondió”

A la luz de la época que estamos atravesando, con el surgimiento de la pandemia de corona que estremece a todo lo que tiene el espíritu de vida en su ser, con providencia Divina, que demuestra a la vista de todos que el Creador manda sobre el mundo e ilustra cuántos son los planes de la persona, pero el consejo de Hashem es lo que se levanta, llegó a nuestro escritorio la carta de un judío que tuvo el mérito de acercarse al Creador y ameritó sentir la proximidad de Hashem en estos días confusos en los que la mano del hombre pierde la estabilidad en la economía. Este judío, cuando clamó a Hashem desde lo profundo de su angustia por el mérito del supremo Tzadik, pudo experimentar la salvación, en condición de “Respóndeme con amplitud, Hashem”.

A continuación, el relato que contenía la carta:

Cuando comenzamos a retornar al judaísmo, gracias a Morenu Verabenu, Ribí David Jananiá Pinto, shlita —que Hashem lo bendiga—, todas las mañanas, veíamos sus shiurim en video, que nos ayudaba mucho a reforzarnos en la fe. Hubo una anécdota que él contó que nos impresionó mucho. Dicha anécdota figura en el libro Bamsilá Naalé, de modo que lo citaremos tal como aparece en la obra original. Así relató el Rav, shlita:

¡Respóndeme, Dios, porque eres bondadoso!

Cuando era un jovencito, mis padres me enviaron a estudiar a una yeshivá en Inglaterra, bajo la guía de Rabí Jaim Shmuel Lopian, zatzukal, de Rabí Shamay Zohn, zatzukal, de Rabí Biniamin Zeev Kaufman, shlita, y de Rabí Israel Maloul, shlita.

Corría el mes de elul del año 1966, y yo tenía dieciséis años. Habían pasado seis años desde la última vez que había visto a mis padres y los extrañaba terriblemente.

En esa época, mi padre estaba aislado dentro de la casa, obedeciendo las órdenes de su padre, Rabí Jaím Pinto, zatzukal. De repente, cierto día, me enteré de que mi padre había salido de su aislamiento y había viajado a visitar las tumbas de los Tzadikim en la Tierra de Israel. En su camino de regreso a Marruecos, se detendría un día entero en Francia.

Se me ocurrió pedir permiso en la yeshivá para viajar a Francia y pasar unas horas con mi amado padre. Tenía solo un pequeño problema: mi pasaporte marroquí se vencería en unos pocos días. Si decidía viajar a Francia, iba a tener que quedarme allí algunos días para renovarlo en la embajada de Marruecos. Pensé mucho qué hacer. ¿Debía quedarme en la yeshivá y perder la oportunidad de ver a mi padre en el futuro cercano? ¿O era mejor viajar, y arriesgarme a perder un tiempo incierto para renovar mi pasaporte?

Ahora, en retrospectiva, puedo ver que era el Satán el que me estaba tentando para que viajara a Francia. El hecho de extrañar a mi padre y la emoción de viajar en barco, en tren, y pasear por Francia, era mucho más atractivo que la idea de quedarme en donde pertenecía: la yeshivá. Sin embargo, el Satán me convenció de que, al ir a visitar a mi padre, estaba cumpliendo con una mitzvá de la Torá. No había visto a mi padre durante muchos años, y nadie sabía cuánto tiempo más iba a pasar hasta poder tener otra oportunidad de verlo. Finalmente, decidí viajar a Francia.

Si hubiera estado más conectado con la Torá, habría podido fácilmente superar a mi Inclinación al Mal. Mi padre no me había pedido que fuera a verlo. Sin duda alguna, él hubiera preferido que yo permaneciera dentro de los muros seguros de la yeshivá antes de que perdiera tiempo en ese viaje superfluo. También estaba el tema de mi pasaporte. Debido a la burocracia para obtener un pasaporte, eso podía llevarme unos cuantos días.

Los Rashé Yeshivá no pudieron negarse a que viajara al ver cuánto yo extrañaba a mi padre. Ellos no sabían nada respecto de mi pasaporte. Me permitieron viajar. Empaqué prácticamente toda mi ropa —una muestra de que en verdad no esperaba regresar muy pronto—, y partí.

El viaje a Francia fue placentero y, antes de darme cuenta, ya me encontraba en medio del abrazo cálido de mi padre. Estuvimos juntos solamente un día. Esa misma noche, él siguió viajando hacia Marruecos. En cambio, yo decidí pasar unos días en Francia, incluso pensé quedarme para los Yamim Noraím, y de paso, renovar mi pasaporte.

Rabí David Busseau, shlita, el yerno del Baba Sali, zatzukal, un hombre de jésed, se enteró de que yo era el nieto de Rabí Jaím Pinto y me invitó a quedarme con su familia durante mi estadía en Francia.

Aunque mi padre me había dado una suma de dinero para mis gastos, en un típico acto adolescente, lo malgasté en tonterías. Cuando fui a retirar mi equipaje de la estación de trenes, no tenía ni un franco en el bolsillo. Era un día antes de Rosh HaShaná y estaba sumamente nervioso porque en mi valija tenía toda mi ropa y lo que precisaba para la festividad. Pero sin dinero no podía retirar la maleta. Me sentía demasiado avergonzado

para pedirle dinero a mi anfitrión, así que decidí rezarle a Dios y pedirle que me ayudara a encontrar a un judío que pudiera ayudarme, o que yo pudiera encontrar dinero en la calle. Comencé a caminar por la calle des Rosiers de París —la cual en esos días era conocida como un centro judío— para probar mi suerte.

Como era víspera de Rosh HaShaná, mucha gente estaba haciendo las compras. Elevé mis ojos al cielo y le supliqué a Dios una vez más, invocando los méritos de mis antepasados, para no tener que pasar vergüenza en la festividad.

Entonces, comencé a arrepentirme de la decisión que había tomado. Recordé los Yamim Noraím en la yeshivá, la emotiva plegaria que llega al alma y especialmente la plegaria de Musaf de Rabí Shamay Zohn. De repente, París había perdido todo su atractivo. Quería salir corriendo hacia la yeshivá, aunque fuese por una hora. Sabía que yo era el único responsable por la situación en la cual me encontraba, y sentí remordimiento. ¡No tenía que haber viajado a Francia!

Mientras estaba concentrado en estos pensamientos, se me acercó mi anfitrión y me preguntó: “David, ¿ya retiraste tu equipaje de la estación de trenes para prepararte para la festividad?”.

“No se preocupe”, le dije. Me sentía demasiado avergonzado para decirle que había gastado todo mi dinero. Después lamenté la forma en que había actuado y reforcé mi fe en que Dios me ayudaría. Solamente un milagro revelado iba a poder resolver mi problema.

Las calles comenzaron a vaciarse y le pedí a Dios que me mostrara qué debía hacer. Le hablé con el corazón quebrantado, sintiendo que se cumplían en mí las palabras del versículo (Tehilim 27:10): “Aunque mi padre y mi madre me abandonaron, el Eterno me recogerá”. Toda mi familia estaba muy lejos de Francia; y yo, al final de cuentas, era apenas un jovencito de dieciséis años que precisaba ayuda.

Decidí entrar a un comercio y comprarme ropa para la festividad. Elegí un negocio que vendía todo lo que yo precisaba.

Entré al comercio y comencé a buscar todo lo que me hacía falta: un traje, camisetas, zapatos... El vendedor se alegró al ver la gran compra que estaba por efectuar, especialmente porque no discutía con él por los precios. Por fuera, yo me mostraba absolutamente calmo, como si el dinero no fuese un problema, pero por dentro estaba quebrado, porque sabía que no tenía ni un centavo para pagarlo.

Al terminar de reunir todo lo necesario, me acerqué al vendedor para que me hiciera la cuenta, que sumó quinientos francos. Le pregunté: “¿Me puede dar media hora para traerle el dinero? No cierre el negocio, ¡regresaré!”.

Al ver mi sinceridad, estuvo de acuerdo, e incluso me dijo: “Si regresas antes, te haré un descuento de cincuenta francos”.

Salí del negocio, y de inmediato, comencé a suplicarle a Dios que me mandara un ángel redentor. Observé a mi alrededor, quizás habría allí alguna persona conocida que estuviese dispuesta a prestarme el dinero... Miré hacia el suelo, tal vez encontraría allí la suma necesaria... Pero nada funcionó.

“Hazme, por favor, una señal para bien”

Había transcurrido ya casi media hora. Estaba sumamente tenso. Una vez más, me dirigí al Creador y le dije: “Amo del universo, ¿acaso para Ti es tan difícil darme quinientos francos para los gastos de la festividad que nos has otorgado? ¿Acaso yo deseo esa ropa para mi disfrute personal? La quiero para honrar Tus días sagrados, en los cuales nos has ordenado vestir bien. He pecado ante Ti. Por favor, perdóname, nunca olvidaré

Tu bondad. ¡Haz para mí un milagro que nunca pueda olvidar!”.

De repente, oí que alguien me llamaba. Me di vuelta y vi a un hombre bajo, vistiendo una camisa verde y una kipá. Me sonrió ampliamente, y me dijo: “¿No eres David Pinto, el hijo del Tzadik, Rabí Moshé Aharón?”. Le respondí afirmativamente.

“¿Y qué haces aquí?”.

“Vine a Francia a visitar a mi padre que estaba de paso al regresar desde la Tierra de Israel camino a Marruecos. Pero me tuve que quedar porque tengo que renovar mi pasaporte después de las festividades”.

“¿Dónde pasarás Rosh HaShaná?”, me preguntó.

Le dije el nombre de mi anfitrión en París.

Sonrió y me dijo: “Necesito que me hagas un favor. Tengo un sobre con quinientos francos que tu anfitrión me prestó hace algunos años cuando estuve en Israel. ¿Se lo podrías entregar junto con mis saludos?”.

El hombre me entregó el sobre, me deseó un buen año, besó mi frente y partió, sin darme su nombre ni dirección. Me sentí muy confundido por lo que había sucedido. No le había preguntado nada al respecto a esa maravillosa persona que había llegado justo a tiempo para darme el dinero para mi anfitrión.

Miré el sobre que tenía escrito el nombre y la dirección de mi anfitrión, y cuando me di vuelta para ver dónde estaba la persona que me había entregado el sobre, ésta había desaparecido.

Miré mi reloj y vi que ya había pasado media hora. Corrí hacia el comercio con el sobre en la mano. El vendedor ya estaba cerrando las puertas, pero le supliqué que me abriera y le mostré el dinero que tenía en las manos.

Pagué, tomé mi ropa nueva y me dirigí a la casa de mi anfitrión sumamente contento, alabando a Dios durante todo el camino por Su enorme bondad.

Durante toda la festividad no dije ni una palabra respecto a mi encuentro con el hombre de la camisa verde. Solamente después, cuando llegó una persona de Marruecos, trayéndome dinero de mis padres, coloqué los quinientos francos en el sobre y le conté toda la historia.

Le pedí perdón por haberme demorado en devolverle el dinero y por haberlo utilizado sin pedirle permiso.

Al oírme, se impresionó y me dijo: “No puedo aceptar ese dinero. Nunca estuve en Israel y tampoco le presté una suma tan grande a ninguna persona. Ese dinero no es mío”.

Yo no estaba dispuesto a ceder. “Su nombre y su dirección están escritos en el sobre, ¡el dinero le pertenece! Además, eso fue lo que me dijo la persona que me lo entregó”.

Mi anfitrión entró a su habitación con el sobre en la mano, temblando. Unos minutos después, volvió a salir y me dijo: “Esto no puede estar sucediendo. O que tu sagrado abuelo descendió del Mundo de la Verdad para ayudarte cuando lo necesitabas, o que era el Profeta Eliahu. De todas maneras, no puedo aceptar este dinero porque nunca estuve en la Tierra de Israel ni presté ese dinero”.

Años más tarde, cuando le conté a mi padre toda la historia, él me preguntó: “¿En dónde está ese traje?”.

“Ya no lo tengo, crecí y ya no me servía”, le dije.

“¡Qué pena!”, me dijo con angustia. “Ese traje te lo regalaron directamente del Cielo, a través de un ángel Divino”.

Con impaciencia esperé la transmisión

Ésta fue la anécdota que contó Morenu Harav, shlita, en su libro, y fue la fuente de la cual surgió lo que nos sucedió a nosotros.

Vivimos en la ciudad de Raanana, Israel, y tenemos una peque-

ña compañía de alta tecnología establecida en la ciudad. Cuando comenzó la crisis de la pandemia de corona, también nuestra compañía sufrió como todas las demás, pero cada mes, por bondad del Cielo, teníamos lo suficiente para solventar los gastos de alimentos. No obstante, temíamos mucho por los gastos que acarrearían las festividades, pues son muchos y variados. Según un cálculo superficial que hicimos, llegamos a la conclusión de que nos iba a hacer falta \$8000 dólares en la cuenta corriente.

Al final del mes de elul, fue la hilulá del Tzadik, Ribí Jaím Pinto, en Marruecos, y como la mayoría de los miembros de nuestra congregación, nosotros también preparamos una comida y encendimos velas en honor del Tzadik junto con nuestros hijos, en conmemoración de su fallecimiento. Estábamos tan preocupados por el porvenir que mi esposa y yo nos dijimos que quizá debíamos hacer lo que Rabí David Jananiá había hecho esa vez antes de Rosh Hashaná, que pidió que Ribí Jaím viniera en su ayuda. Concordamos en que debíamos rezar a Hashem Yitbaraj que por el mérito del Tzadik nos salvara y, si Dios quiere, nosotros también podríamos recibir un sobre. El día de la hilulá les contamos a nuestros hijos la anécdota de cuando Ribí David era un joven adolescente y se encontraba solo en París, anécdota que reforzó nuestra fe.

Después de la comida, los niños y mi esposa se fueron a dormir, pero yo esperaba impaciente la transmisión en vivo de la hilulá desde la ciudad de Esauira en Marruecos. La transmisión comenzó tarde en la noche; fue un evento muy emotivo. Vi a Ribí David allí presente ante el monumento de la tumba de Ribí Jaím. En aquellos instantes, recé con todas mis fuerzas y pedí que por el mérito del Tzadik fuéramos rescatados de nuestra situación financiera precaria.

En mi plegaria, pedí de Hashem Yitbaraj que nos salvara, y agregué: “Ribí Jaím, ayúdanos, pues necesitamos ahora mismo de tu ayuda más que nunca. Envíanos alguien que nos preste \$8000 dólares, o que nuestros deudores nos paguen sus compromisos”. La hilulá concluyó a la una de la madrugada y yo estaba muy cansado.

Al día siguiente, retornamos a la rutina, a pesar de que aún no había conseguido la suma que esperaba recibir. Pensé: “No me voy a preocupar. Yo sé que por el mérito de Ribí Jaím nos sucederá un milagro”.

Te tengo una sorpresa

A la una de la tarde, mi esposa me llamó y me dijo: “¡Te tengo una sorpresa!”. Pensé que me iba a contar que los clientes nos habían pagado sus deudas, pero se trataba de otra cosa, algo increíble. Resulta que ella había llamado a un banco en Europa en el cual tenía una cuenta que había abierto cinco años atrás, cuando decidimos ascender a la Tierra de Israel. Ella había llamado para solicitar una tarjeta de crédito, a pesar de que sabía que su cuenta estaba vacía hace cinco años y no tenía muchas esperanzas de que el banco accediera a su petición.

Para su sorpresa, la agente que la atendió le dijo: “Señora, usted tiene \$8000 dólares en la cuenta. ¿Qué quiere hacer con ellos?”. Mi esposa había sido agente de banco encargada de inversiones por quince años y sabía perfectamente bien cuánto tenía en su cuenta de banco. Por lo tanto, volvió a esclarecer el asunto y vio que, en efecto, en su cuenta había aquella suma. ¡Increíble! Ella trató de investigar de dónde había proveniendo ese dinero, pero sin éxito; no hubo forma de descubrir la fuente de ese dinero.

Cuando me llamó para contármelo todo, le respondí: “¡Mi querida esposa! ¡Ese fue Ribí Jaím! Ayer en la noche durante su hilulá, le pedí que nos ayudara a conseguir los \$8000 dólares, y he aquí que nos lo envió. ¡Baruj Hashem!”.

UN ENFOQUE NUEVO SOBRE LA PARASHÁ



Hagar fue esposa de Avraham Avinu por catorce años; y aun después de que fue echada de la casa de Avraham, ella se cuidó de no unirse a ningún hombre. Sus acciones fueron agradables, al punto que fueron comparadas a la grata fragancia de un incienso (ketóret), razón por la cual ella fue llamada Keturá. Por eso, al final, Avraham Avinu la tomó de vuelta. Pero cuando la había echado, el versículo dice: “Avraham madrugó por la mañana, tomó pan y un odre de agua y se lo dio a Hagar; lo puso sobre su lomo y al niño, y la envió. Ella anduvo, y erró por el desierto de Beer Sheva” (Bereshit 21:14). Y Rashí explicó que la frase “ella anduvo, y erró” implica que ella había vuelto a venerar las idolatrías de la casa de su padre. Ahora, surge una objeción: ¿cómo se puede comprender que Hagar hubiera retornado —como explicó Rashí— a venerar las idolatrías de la casa de su padre habiendo recién salido de la casa de Avraham?

Ribí Rozenblum explica, de acuerdo con las palabras del Rashbam, que la razón por la que a Hagar se le acabó el agua del odre fue porque ella había errado. Si ella hubiera ido por el sendero recto y no se hubiera equivocado, el agua no se le habría terminado. Avraham le había dado la cantidad de agua justa que ella necesitaba, pero por cuanto ella erró en el camino, y, además, el niño estaba enfermo —y está escrito que un enfermo bebe más agua de lo normal—, por ende, se le había acabado el agua antes de lo esperado.

En el libro del Gaón, Ribí Shalom Shwadron figura la siguiente anécdota:

Antes del Holocausto, había un preciado judío llamado Ribí Mordejay Furguemanski.

Ribí Mordejay Furguemanski era un genio de estatura mundial, de los más grandes de la generación que precedió al Holocausto. Él contó que un viernes viajó por tren desde Lituania hasta otra ciudad, y en el transcurso de su viaje, encontró que viajaba con él un judío también observante de la Torá y las mitzvot.

Dicho judío era shojet y mohel de profesión. Ambos comenzaron a hablar sobre temas de Torá, sin prestar atención al hecho de que tenían bajar en cierta estación. Por el altoparlante se anunció la llegada a la estación en la que ellos tenían que bajar, pero ellos estaban tan enfrascados en su conversación que no se percataron de que habían llegado a su destino, y continuaron su charla.

El tren continuó su travesía y pasó una hora... dos... hasta que se escuchó por el parlante: “Llegamos al destino final”.

El Rav escuchó aquello y clamó con angustia: “¡Oy vey! Nos hemos pasado del lugar donde teníamos que haber descendido hace dos horas. ¡No hay forma de que regresemos a tiempo antes de Shabat!”.

El mohel-shojet estaba muy atormentado, y comentó: “Hace mucho tiempo que estoy fuera de casa y les había prometido que llegaría para Shabat”.

Ribí Mordejay le dijo: “Señor mío, ¿por qué está tan atormentado? Hakadosh Baruj Hu quiere que estemos aquí para Shabat”.

El mohel-shojet le respondió: “Honorable Rav, ¡permítame decirle que en este pueblo no hay judíos en absoluto!”.

—“¿Y cómo sabe que no hay judíos?”.

—“Porque si hubiera judíos aquí, me habrían citado para que viniera a hacer shejitá”.

Como no les quedaba otra opción, descendieron del tren. A la entrada de la estación de tren, había carreteros, a uno de los cuales le preguntaron: “¿Acaso sabe si hay aquí judíos?”. El carretero les respondió: “Si, aquí habita un judío. Los llevaré donde él”.

El carretero los transportó hasta una casa que estaba en los límites del pueblo; los hombres descendieron de la carreta. Observaron la entrada de la casa y suspiraron de alivio: “Hay mezuzá en la puerta. ¡baruj Hashem!”.

Tocaron a la puerta, y luego de unos instantes, abrió el dueño judío de la casa. Éste encontró ante sus ojos un Rav y un mohel-shojet. Aunque no los conocía, de pronto, empalideció y su respiración se aceleró. Apenas pudo articular, les preguntó: “Disculpen, ¿alguno de ustedes es mohel?”.

Ribí Mordejay le dijo: “¡Sí! ¡Él es mohel!”.

“¡Baruj Hashem!”, exclamó el hombre, muy contento.

Preguntaron los hombres: “¿Por qué?”.

El hombre procedió a explicarles: “Vean. La semana pasada me nació un varón y no sabía qué iba a ser del berit milá, porque el bebé no se sentía muy bien que digamos. Hoy el médico me dijo que sí era posible hacerle el berit milá. Yo le dije: ‘¿Y ahora usted me lo dice! ¡A las 12 del mediodía del viernes! ¡De dónde podré conseguir un mohel ahora!’.

“Le recé a Hakadosh Baruj Hu: ‘Ribonó shel olam, Tú me ordenaste: «y en el octavo día circuncidarás el prepucio de su carne». Yo quiero hacerle el berit milá a mi hijo, pero no soy mohel. ¿Qué puedo hacer?’

“Lloré; recé... ¡y Hakadosh Baruj Hu los predispuso a ustedes, para que lleguen hasta mi puerta!”.

“Entonces”, dijo Ribí Mordejay, “si quieres, yo seré el Sandak, he aquí el mohel y tú fungirás de padre del infante”, dijo Ribí Mordejay; y, dirigiéndose al mohel, agregó: “¿Ahora comprendes por qué llegamos aquí?”.

Mientras se preparaban para realizar el berit milá, Ribí Mordejay le dijo al judío: “Escucha, ahora puedo comprender una explicación de Rashí sobre el versículo (Bereshit 21:14), que me resultaba dificultosa: ‘Ella anduvo, y erró por el desierto de Beer Sheva’, sobre el que Rashí explica que Hagar volvió a venerar las idolatrías de la casa de su padre. Lo que no podía entender era de dónde había sacado Rashí esta explicación. El versículo solo dice ‘y erró por el desierto’, pero nadie dice que ella regresó a las idolatrías de la casa de su padre. ¿Dónde está eso escrito?”

“Es muy simple”, continuó Ribí Mordejay Furguemanski, “¡un judío no erra! Nosotros no erramos. No hay tal cosa como ‘erré, hablé temas de Torá y ello causó que, inintencionalmente, no descendiera en la estación que tenía que descender, sino que llegué a otra muy lejos’ ¡No hay tal cosa!”

“Hakadosh Baruj Hu dirige al judío en cada paso que da. Si el versículo dice ‘Ella anduvo, y erró por el desierto’ quiere decir que ella no era judía (pues regresó a las idolatrías), porque si hubiera sido judía, la Torá no habría mencionado dicho versículo. ¡Un judío no erra en su camino! ¡El judío es dirigido siempre por Hakadosh Baruj Hu!”.